

Diario de clase de Leticia Cossettini.

5to grado.

Año 1940 - 1941

Marzo 1940.

Lucinda, Rodolfo, Elsa, Dinorah, Ronaldo, José, Luisa, Roberto, Lucía, Edgard, Emilio, Olga.

He buscado vuestros rostros esta mañana al volver a la escuela, os ha visto mi alma y escuchado mi corazón y tras el recuerdo de la bandada dispersa ya por los caminos del vivir se ha ido el ala de mi ternura, y me he quedado de pie en una quietud de nostalgia infinita frente a esta otra bandada que silenciosamente me mira. Tengo los brazos vacíos. Siento poco a poco que un canto de aurora sube hasta mis ojos y los brazos vacíos de soñar se va tras de ella.

Ramón, Mario, Nora, Gladys, Lidia, Nélide, Fernando...

Tengo fe en que pronto, Ramón, Gladys, Mario, Nora... empiecen a florecer y a dar de su alma como tanto nos dieron Lucinda, Elsa, Rodolfo, Ronaldo.

El verdadero maestro es aquel, que hace de sus días un volver a empezar eterno, sublime y doloroso a la vez (Olga Cossettini).

Marzo 1940.

Estos niños que me miran tienen los ojos claros y clara la sonrisa.

La alegría nos une. Un maestro que sabe sonreír con el corazón y ausculta el corazón de un niño puede ayudarlos a crecer.

Vamos diciéndonos nuestros pensamientos y el cristal de la reserva, de la timidez o de la desconfianza se rompe y un hilo pequeño, pequeñito comienza a fluir.

Es el acercamiento con estas criaturas lo que deseo. Poco importa en verdad el cúmulo de conocimientos claramente asimilados. Salimos con frecuencia y bajo los árboles o andando por los caminos el lenguaje, como expresión del mundo interior, florece tímidamente. Cuando les insinúo que escriban, "la composición" tiene algo de flor de papel, de frase de cartón. Es una elaboración artificiosa. Es preciso arrancar este lenguaje para dejar nacer el "otro", el verdadero, el que es del niño con toda su gracia y fresca emoción.

Y todos los días, con el descubrimiento de las pequeñas, grandes, bellas cosas de nuestro mundo: el sol, la pequeña nube, el viento, la sombra del árbol, tiembla la emoción.

Y cuando leen sus trabajos (¡qué tierna me sea siempre la palabra!) Voy descubriéndoles la mentira de su lenguaje, voy señalándoles la falsedad de las frases vacías, (¡qué hondamente cálida sea mi esperanza!) Voy salvándoles la gracia de una sola palabra ahí escrita, la auténtica palabra.

Nos vamos comprendiendo.

Van creyendo en mí.

Marzo 1940

Desde que comenzamos las clases hemos escrito poco, hicimos poca matemática, no nos hemos preocupado por el martirio del repaso ajustado a la definición, al mecanismo de tal o cual lección asignada.

Hemos estado creando un clima de armonía, el placer de la limpieza, la gracia de escuchar y decir, la alegría de ayudar, de dar, de ser, de hacer. Y ya hay algo de alba en la luz.

Desde que llegaron a la escuela, les puse en sus manos las acuarelas que muchos, la mayoría casi nunca usara, la mancha de color va adquiriendo matices que el tiempo depurará y la madurez precisará y suavizará los contornos.

Pintan, gozosos. Este nuevo lenguaje tiene para ellos extraordinario encanto.

Están en ese período del descubrimiento del mundo y de su mundo.

¿Ha visto Ud. la luz en el plátano?

¿Miró el cielo esta tarde?

¡Que lindos los verdes después de la lluvia!

Y si la acuarela hoy no traduce bien, la luz en el plátano, el añil del cielo o el verde jugoso de la hierba el ritmo del color, está por nacer, nacerá.